

REFLEXIONES FINALES DE LA CONFERENCIA GLOBAL DE TEOLOGÍA
Dick O. Eugenio, Facultad de APNTS

Estoy agradecido por el privilegio de dirigirme a los delegados para compartir mis humildes pensamientos. Realmente aprecié el carácter multigeneracional de la conferencia, evidenciado por la presencia y el papel desempeñado por mentes más jóvenes como yo. Además, la dimensión multicultural de las discusiones permitió que se creara una atmósfera memorable. Si bien la estimulación intelectual y la mutua edificación durante la conferencia fueron espléndidas, la interacción social entre los nazarenos globales en deliberaciones formales y diálogos informales fue particularmente enriquecedora y alentadora. Me siento realmente bendecido por haber sido parte de la conferencia.

La conferencia pudo haber terminado, pero mi mente aún está conmovida por las ideas y las preguntas que se suscitaron a lo largo del evento. Durante la sesión plenaria final, me di cuenta de que la conferencia trató al menos con tres tensiones diferentes y los delegados se posicionaron en una oscilación pendular entre los dos extremos de cada continuo. Primero, había una tensión notable entre los elementos de reflexiones teológicas *descriptivos* y *preceptivos*. La mayoría de los artículos, incluido el mío, eran descriptivos, porque buscaban articular temas bíblico-teológicos y definir realidades histórico-contextuales específicos. Los delegados, sin embargo, estaban indudablemente más preocupados por la prescripción en mayor medida que la mera descripción. Había una sensación de impaciencia por ir más allá del intelectualismo hacia un verdadero compromiso misional y ministerial. Incluso las discusiones en grupos pequeños se inclinaban a hacer la pregunta: "¿Y ahora qué?" Como buenos evangélicos de libro de texto, los nazarenos son predominantemente activistas. Esto es positivo y negativo a la vez, pero como teólogo, me pregunto si alguna vez habrá un espacio donde la reflexión sea recibida por lo que representa en sí misma cuando nos reunamos como iglesia global, en un espacio donde y cuando nos dediquemos solamente a pensar sobre ciertas definiciones. No podemos dejar las reflexiones teológicas confinadas dentro de nuestras instituciones, especialmente porque nuestras definiciones deben reflejar tanto la naturaleza multicultural como multigeneracional de la iglesia.

La segunda tensión se encuentra entre el pensamiento *reactivo* y *constructivo*. Varios de los documentos y preguntas estaban reaccionando a algo, y el enfoque de la definición se centró en preguntarnos cómo nos diferenciamos de ciertos grupos o ideologías específicos. Siguiendo el camino de la negación, el procedimiento comienza con el pensamiento de lo que no deberíamos ser ni hacer. Si bien esta táctica tiene mérito, si nuestra autodefinición comienza con criterios como "no somos coloniales", "no somos pentecostales" o "no somos católicos romanos" lleva a imponer una gran restricción sobre la definición que tenemos de nosotros mismos, pudiendo dar como resultado que el resto de la reflexión sea denominacionalmente parroquial. Afortunadamente, hay delegados que son más constructivos en sus propuestas, especialmente los de la nueva generación. Su preocupación no es mirar al pasado y los problemas sociopolíticos que la iglesia acarrea con tendencias hacia la desconexión histórica y la apatía circunstancial, su énfasis no es mirar al pasado, sino imaginar el futuro. La propuesta no es pasar tiempo recordando los amargos acontecimientos del pasado, sino perdonar, olvidar y avanzar. Los constructivistas argumentan que nuestros esfuerzos deben enfocarse en pos de un pensamiento futurístico y en cómo podemos llegar allí con gracia. Personalmente, me inclino hacia esto. No necesitamos perder más tiempo discutiendo los errores de nuestros predecesores cristianos. Estos simplemente conjuran pensamientos amargos y abren heridas que están en el proceso de sanidad. Necesitamos avanzar y dedicarle más tiempo al tipo de respuesta que podemos ofrecer ante las situaciones contemporáneas.

Finalmente, hay tensión entre *restauracionismo* y *progresismo*. Nuestras definiciones cristológicas deben ser bíblica y teológicamente fieles a la tradición cristiana, lo que significa que las jergas y categorías centenarias (como la naturaleza divina-humana de Cristo) inevitablemente surgen en las discusiones, pero también se nos desafía a hacer nuestras presentaciones sobre la relevancia de quién es Cristo en nuestros propios contextos. Nuestra comprensión de lo que significa imitar y seguir a Jesucristo hoy en día, también necesita un equilibrio entre lo que significaba tomar la cruz en los tiempos del Nuevo Testamento y cómo debe ser traducido y vivido en el mundo contemporáneo. Las misiones, en obediencia al mandato de Cristo, necesitan un equilibrio entre la fidelidad de imitar la forma en que

Jesucristo realizó su misión y la creatividad imaginativa en la forma en que realizamos nuestra misión hoy en día. La tensión se encuentra en qué aspectos de la cristología, el discipulado y las misiones del Nuevo Testamento pueden restaurarse y ponerse en práctica en la actualidad, y qué innovaciones progresivas se pueden emplear hoy en día que pueden conservar la etiqueta de "cristiano". Ciertamente no podemos argumentar que la solución es volver al cristianismo del Nuevo Testamento (como algunos grupos a lo largo de la historia han propuesto), pero tampoco podemos abandonar las definiciones apostólicas solamente porque las consideramos completamente irrelevantes para nuestra generación actual. Necesitamos adoptar un camino *centrista*. Juntos tenemos la necesidad de pensar para definir los criterios y los límites que adopten lo mejor de cada extremo, porque nos guste o no, necesitamos ser restauracionistas y progresistas al mismo tiempo.